

Ensayo de antónimos travestidos en sinónimos

Ciudadanos jóvenes, no. Jóvenes ciudadanos

Sandro Venturo Schultz¹
Asociación SER

Una palabra puede evocar muchos significados, depende del contexto en el cual es usada. Si aceptamos que las palabras no tienen ni pueden tener significados unívocos, entonces resulta indispensable preguntar por el contexto en el cual se está hablando. Se trata de llamar a los nombres por sus cosas (sic).

Huachito, por ejemplo, es una palabra que se usa para designar una fracción de lotería o para hablar de un varón que ha sido abandonado por su pareja. En el Bajo Piura, en cambio, se usa para calificar a varones de dudosa sexualidad heterosexual. En otros lugares del Perú, *huachita* significa huérfana, "una ternerita destetada". Si bien existe un significado común en todos estos casos, lo cierto es que remiten a

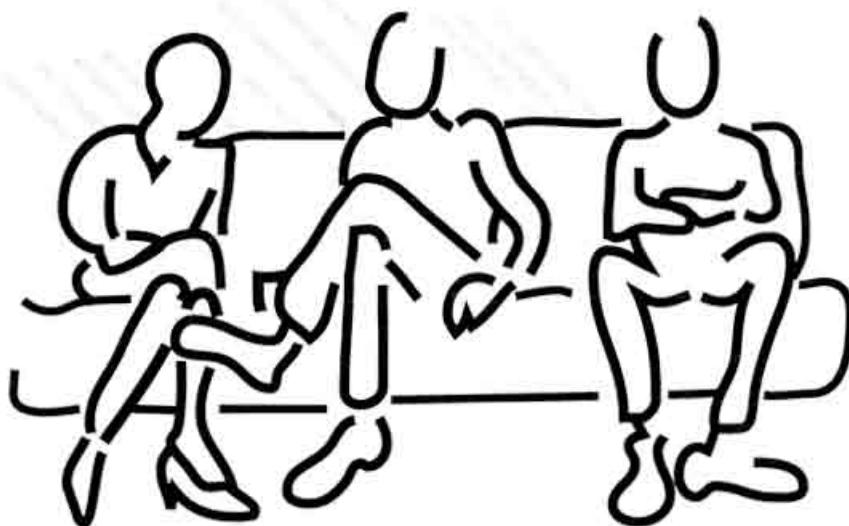
cosas distintas entre sí. En el Perú podemos suponer que *huachito* proviene de la palabra quechua *waqcha* que significa desarraigado: una persona sin comunidad, una alma vagando sin familia, ese es un *waqcha*.

Las palabras son polisémicas, más aún si denotan realidades abstractas y no refieren a objetos concretos como silla, calle o nube. Pues bien, en los últimos años la palabra ciudadanía se ha venido usando de muchas maneras. Ciudadanía se entiende como sinónimo de democracia, de consciencia de derechos, de igualdad social, de participación política, en fin, inclusive se ha confundido vida y tarea comunes como sinónimo de participación ciudadana. Algunos inclusive hablan de distintas formas de

ciudadanía: ciudadanía juvenil, ciudadanía popular, ciudadanía de la mujer y algunas locuras por el estilo. El problema es que hemos llegado a un punto en el cual esta categoría puede llegar a tener significados tan disímiles que uno ya no sabe si estamos hablando de lo mismo.

¿Qué entendemos por ciudadanía? (una vez más)

Hablar de ciudadanía es hablar de la política y del poder. Ciudadanía refiere a una comunidad política de personas que se tratan como iguales en derechos y deberes. Esto supone constituir un espacio público político donde quienes discrepamos, precisamente porque no podemos estar de acuerdo en todo, establecemos reglas que permitan la adminis-



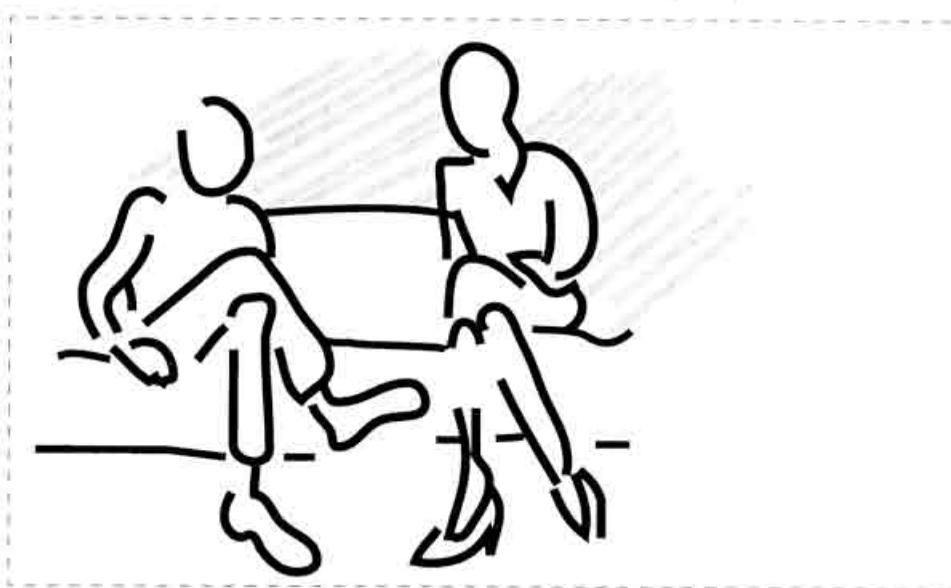
tración política de la comunidad y la regulación de la vida social. De esta forma los que somos distintos (ya sea por sexo, raza, edad, credo religioso, posición política, orientación sexual, etc.) aceptamos nuestras diferencias y nos tratamos como iguales aunque no estemos convencidos de la racionalidad de aquellos que no comparten nuestras convicciones.

Si el lector acepta esta definición general entonces estará de acuerdo con la afirmación que sostiene que la ciudadanía es una categoría estrictamente política. Hablar de ciudadanía en el mundo contemporáneo es hablar de cómo estos ciudadanos convienen, voluntaria o involuntariamente, en constituir y administrar el poder alrededor de un Estado nacional (a pesar de la Organización Mundial del Comercio y otras fuerzas transnacionales).

Ciertamente las definiciones teóricas suelen ir por detrás de la vida: ¿existe la ciudadanía en el Perú? Si contrastamos la definición con la realidad: ¿en qué sentido podemos considerarnos ciudadanos? Está claro que en nuestro país las personas no nos consideramos iguales. Peor aún, ni siquiera nos tratamos como iguales. Vivimos en una sociedad donde sólo tiene sentido vivir a la defensiva, donde quien respeta las leyes se siente permanentemente subestimado. Una sociedad donde para evitar sentirnos burlados nos vemos forzados a burlar el derecho de los demás. *Cualquiera me puede atrazar*. Un juego perverso por el cual reclamamos a la defensiva nuestra igualdad: *no voy a dejarme pisar*.

En un país de tantas desigualdades (de género y de clase, étnicas y generacionales) resulta que los impedimentos para participar en una comunidad políti-

Ciudadanía refiere a una comunidad política de personas que se tratan como iguales en derechos y deberes.



ca de iguales no son sólo estructurales. Desconfiamos, inclusive, de personas que bien podemos considerar iguales.

Sin embargo, a pesar de todo esto, podemos decir que existe un sentido común ciudadano por el cual a todos nos resulta evidente que el poder político ya no proviene de Dios ni de los abolenos. Si bien los niños y los adultos añoramos y nos entretenemos con aventuras que reproducen un mundo jerarquizado (*Dragon Ball* y *La Guerra de las Galaxias*), lo cierto es que todos consideramos natural y obvio que los gobernantes sean elegidos por el pueblo. Del mismo modo, los grupos de la sociedad excluidos tienen claro que al presidente se le elige por medio de los votos aunque, al mismo tiempo, les quede claro que el Estado se subsume en

el Gobierno. Papá Gobierno provee y resuelve por nosotros que somos hijos desvalidos, *waqchas*.

Para cualquiera resulta un sentido común considerar que los gobernantes son y deben ser elegidos por los gobernados, es decir, por los soberanos. Empero, los ciudadanos parecemos guardar cierta reverencia verbal y corporal frente al gobernante. Confundimos respeto con subordinación. *Doctoreamos* a la autoridad, miramos al representante político desde abajo.

Esta es la paradoja: los ciudadanos delegamos el poder a un conjunto de individuos a quienes

¹ Sociólogo y comunicador audiovisual del Proyecto Educación Electoral y Ciudadana desarrollado por la Asociación SER. santuno@ser.org.pe.

los nombramos como los "padres de la patria". No sólo sentimos al Estado como algo distante y hasta agresivo sino que actuamos como si los dueños del Estado fueran los políticos y no precisamente los miembros de la comunidad quienes legitimamos con nuestros votos a las autoridades de turno.

Durante un día, el día de las elecciones, actuamos voluntaria o involuntariamente como soberanos... después somos súbditos de una bandera que no tiene más vida que la que le otorgamos los ciudadanos cuando las autoridades usan y abusan de los recursos públicos como si no fueran nuestros.

En la Constitución que aprobamos por medio de un referéndum en 1993 se dice: "el poder del Estado emana del Pueblo". El sentido común lo comprende y está absolutamente de acuerdo con ello, mientras el corrupto funcionamiento "democrático" de la institucionalidad pública y las actitudes a la defensiva de los ciudadanos convertidos en plebe, lo desautorizan permanentemente.

Devaluación de la ciudadanía

No existen tipos de ciudadanía. La ciudadanía es una sola y no puede ser de otro modo puesto que debe ser universal. Si los miembros de una comunidad política no se tratan como iguales entonces estamos hablando de otra cosa. No debe confundirse ciudadanía juvenil (ni de la mujer ni de los indígenas) con *mecanismos para que los grupos excluidos participen en la comunidad política como ciudadanos*, o sea, como iguales.



jóvenes hay que estimularlos a participar directamente en los asuntos públicos y no usar el colador de las representaciones juveniles cuando se trata de discutir acerca del desarrollo de los individuos y de sus múltiples comunidades.

Valga una advertencia en lo que va de nuestra reflexión. No estamos proponiendo que desaparezca la juventud, entre otras cosas porque aún deseándolo resultaría imposible. Los jóvenes existen como realidad social desde mediados del siglo pasado y su imagen resulta imprescindible para la industria cultural de hoy.

Cuando los estudiantes realizan marchas en favor de la democracia o cuando los chicos de parroquias participan en las mesas de concertación provincial, lo hacen desde una especie de segunda división política: su condición de jóvenes les permite un acceso subordinado al mundo público local o nacional. No se les toma en cuenta en tanto ciudadanos (como a cualquier mayor de edad al margen de su sexualidad o de su profesión de fe), sino en tanto minusválidos políticos: "a los chicos hay que darles un espacio para que se expresen". De este modo los jóvenes no participan en sus respectivos gobiernos locales como regidores o alcaldes pues se les condena a una secretaría de asuntos juveniles para entretenerlos y educarlos en educación cívica (es decir, en lo que sus tutores o apoderados consideran actitudes democráticas).

Cuando hacemos y hablamos de política no hay nada más contraproducente que organizar mesas juveniles o secretarías juveniles o encuentros juveniles. A los

jóvenes se autoexcluyen y son excluidos por quienes los tratan como *mantequillas*, también es evidente que vivimos en sociedades donde el culto a lo juvenil resulta apabullante. La publicidad y los medios, la recreación y la salud, todo gira en torno a patrones vitales y estéticos juveniles. Acaso la mercancía más rentable en el mundo de hoy sea la *imagen de juventud*.

Pues bien, una cosa es el estilo y los usos de los jóvenes en el mundo de la vida cotidiana y de la publicidad capitalista, otra es participar en una comunidad política de iguales donde los derechos y los deberes se proponen como universales (universales para la comunidad respectiva, obviamente). Para participar en ella basta que los individuos se reclamen a sí mismos como sujetos políticos (y no como pacientes o, lo que es lo mismo, como menores de edad). Reafirmarse como jóvenes para hacer política es condenarse a jugar en se-



gunda división. Nada más absurdo que la autoexclusión cuando ésta no es deseada.

Ciudadanía y contrajuventud

¿Cómo educar a los jóvenes para que participen en la vida política de su comunidad? A continuación algunos retazos para el debate.

El primer paso es batir este juvenilismo, es decir, esta forma de complacencia que hace que los jóvenes no busquen el protagonismo político por sus propios méritos sino en virtud a que se lo merecen porque "son jóvenes" (léase: inválidos políticos). Todo se les permite: que sean ignorantes e indisciplinados. Todo se les aguanta: sus pataletas y sus disforzamientos.

El *juvenilismo* es una forma de discriminación positiva que se sustenta en un juego perverso donde lo que se busca es otorgar un lugar favorable a quien consideramos y se considera efectivamente desigual. No es casual, por ello, esta obsesión por denunciar un adultocentrismo que hace evidente la incapacidad de los jóvenes de hoy para asumir responsabilidades políticas en sus comu-

nidades. Ciertamente existen excepciones que confirman la regla: alcaldes y regidores en distritos rurales y en pocas ciudades del país. Se trata de ciudadanos jóvenes (no de jóvenes ciudadanos) que han asumido responsabilidades públicas gracias a su capacidad de gestión y de propuesta, en el mejor de los casos. No están allí para representar a los jóvenes sino para administrar y regular la vida de sus distritos y provincias.

Cuando los chicos y las chicas se desgastan en llamar la atención *en tanto jóvenes*, y no en tanto ciudadanos, lo único que provocan en sus mayores es ternura y subestimación: "qué bien, los chicos ya están participando... se están preocupando por *sus cosas*".

El segundo paso se deriva del primero: para hacer política es necesario dejar de ser jóvenes. Se trata de un criterio metodológico. Evitar el título y el subtítulo "juvenil": derechos humanos en vez de derechos juveniles, participación política y no participación juvenil. Se trata de afirmar a toda costa la calidad de ciudadanos y ciudadanas aptos para ejercer

plenamente los derechos y los deberes que suponen ser parte de una comunidad política. Es un buen ejercicio.

En el Proyecto de Educación Electoral y Ciudadana hemos constatado que la participación más activa y comprometida en zonas rurales es la de los jóvenes y las mujeres. Sin embargo, nunca se nos ha ocurrido hablar de ciudadanía juvenil ni de ciudadanía de la mujer. Por el contrario, hemos remarcado el carácter universal de la participación política con el único propósito de estimular un trato igualitario ya que es obvio que no existe en nuestro país. Es cierto que hemos trabajado y seguimos trabajando con las líderes de la Federación Departamental de Clubes de Madres de Ayacucho (FEDECMA) en lo que respecta a su problemática en tanto mujeres y madres de familia, puesto que buscamos con ellas combatir aquellas formas de discriminación que les impiden participar en la comunidad política en la cual están involucradas. La idea es evitar dinámicas de *guetto* que sólo provocarían aislamiento o, en

el peor de los casos, una forma de autoafirmación-a-la-defensiva que ve exclusivamente en los varones aquello que es compartido por las personas sin distinción de sexos, me refiero a eso que llamamos "machismo".

Del mismo modo, en el colectivo *Mataperro* encontramos que las convocatorias más audaces son aquellas que prescindan de cualquier símbolo que refiera a esta actitud complaciente con la juventud. Por ello no se encontrará la palabra "joven" en los materiales y objetos audiovisuales producidos por nosotros. Tal vez por eso la convocatoria de los *matape-*

... Hemos remarcado el carácter universal de la participación política con el único propósito de estimular un trato igualitario.

Epílogo amistoso

Estas líneas, algo repetitivas, buscan insistir en un debate prácticamente inexistente entre quienes elaboran y desarrollan proyectos para jóvenes. Más de una vez me he encontrado con promotores e investigadores que insisten en tratar a los jóvenes como si fueran ciudadanos de segundo orden y lo único que provocan es apagar, o "canalizar" dirían ellos, todo impulso parricida en búsqueda de nuevas formas de comprender y constituir el mundo.

Cada vez es más difícil estar sintonizado con las vivencias de las nuevas generaciones puesto que los cambios son excesivamente rápidos. Vivimos la velocidad de la era digital. Si antes una generación se distinguía de otra cada quince años según Ortega y Gasset, ahora resulta que los quinientos son decisivos para comprender las transformaciones entre una promoción y otra de individuos.

Tal vez por eso una forma algo audaz para incrementar nuestra sabiduría de "adultos" se encuentre en una actitud más humilde frente a los jóvenes: invitarlos a la acción impredecible, no al laboratorio donde las cosas están bajo *nuestro* control. Aprender de sus insatisfacciones y errores antes que orientarlos por donde suponemos que todavía va el mundo. Invitarlos a nadar en el mar y no en la comodidad de la piscina que hemos preparado con tanto cariño para ellos.



ros haya sido tan exitosa entre los jóvenes: siempre trascendimos la "organización juvenil"; siempre renunciamos a los espacios de los jóvenes, para los jóvenes y entre los jóvenes. Hacemos música y vídeo, seminarios e investigación. De este modo trabajamos intensamente desde campañas contra la discriminación y el prejuicio (Expo "Qué tal Raza") hasta formas creativas y efectivas de recolección de víveres (ocho toneladas en doce horas) en favor de los damnificados por la

Corriente del Niño (festival "Niño Malo").

Para evitar a chicos y chicas sospechosamente bien educados, es decir, a jóvenes bien alineados en el anacronismo de sus tutores, es necesario exigirles saltar la valla del *juvenilismo*. De otro modo, seguirán existiendo estos líderes juveniles de ventiocho años (a veces de mayor edad, a veces menos) quienes se sienten tan cómodos jugando a ser chicos cuando ya les toca conquistar el mundo, su mundo.